

ROBERT A. HINDE (2008): *¿Por qué persisten los dioses? Una aproximación científica a la religión.* Traducción de Josep Sarret Grau. Biblioteca Buridán, 373 pp.

JESSE BERING (2011): *The Belief Instinct: The Psychology of Souls, Destiny, and the Meaning of Life.* W W Norton & Company, 252 pp.

Los psicólogos evolucionistas arguyen desde los años 90 del pasado siglo que no solamente la evolución de nuestro cuerpo es, en buena medida, el resultado de la selección natural, sino que también lo es una parte de nuestra conducta. Por ejemplo, la preferencia por el sabor dulce y por un nivel alto de sal en las comidas, que fue adaptativo cuando éramos cazadores recolectores, está ocasionando una epidemia de sobrepeso e hipertensión en las sociedades desarrolladas. El análisis evolucionista abarca innumerables aspectos del comportamiento humano y, entre ellos, destaca una cuestión que ya inquietó a Darwin en sus escritos sobre el origen de nuestra especie: las causas que determinan la génesis, propagación y persistencia de la religión en las sociedades humanas.

¿Cuál es el significado evolutivo de la religiosidad? ¿Qué convirtió a nuestros antepasados en creyentes? ¿Es Dios un producto necesario de la capacidad cognitiva humana? ¿O es más bien una consecuencia del adoctrinamiento cultural? Para Darwin, la naturaleza humana no exige ontológicamente la fe en un Dios todopoderoso, pero el asentimiento religioso, definido como la creencia en agentes espirituales que animan determinados objetos, animales y personas, sí puede considerarse un rasgo universal de dicha naturaleza; algo así como un instinto heredado similar a otros que podemos encontrar en especies próximas a la nuestra. Darwin aceptaba la religión como un rasgo o fenómeno natural, fruto de la transformación de dicho sentimiento religioso primordial en sistemas de creencias más

o menos complejos, sometidos al arbitrio de un proceso de evolución cultural en el que la selección natural carece de un papel relevante.

El análisis moderno en clave evolucionista del fenómeno religioso ha producido explicaciones que podemos agrupar en dos categorías: la religión concebida como un rasgo sin valor adaptativo, que surge de la presencia de otros rasgos cognitivos humanos que sí lo poseen; o entendida como una característica que en sí misma ha sido y, probablemente, continúa siendo adaptativa. Autores como P. Boyer o S. Atran¹ consideran que la religiosidad nace de la estructura cognitiva modular de nuestra mente, evolucionada para regir el comportamiento social y la interacción con el mundo físico y biológico, pero que no representa una auténtica adaptación. Dicha estructura habría propiciado que los individuos asuman como verdadera la creencia en seres sobrenaturales, tan característica del pensamiento religioso, debido a nuestra capacidad para atribuir a otros seres—inanimados, animados o imaginados—cualidades que nuestra mente percibe en los seres humanos con los que interactúa. Siguiendo una línea argumental parecida, R. Dawkins considera la religiosidad como un subproducto evolutivo, una consecuencia involuntaria de la necesidad que tienen los niños de creer en lo que les cuentan sus mayores para evi-

¹ Véase, por ejemplo, la obra de P. Boyer, *Religion explained: The evolutionary roots of religious thought*, Basic Books, New York, 2001.

tar tener que poner a prueba, con los riesgos que esto conlleva, todo aquello que observan y que pueden aprender². En la elaboración de Dawkins, la evolución ha favorecido que los seres humanos seamos creyentes, en el sentido de aceptar la veracidad de algo por puro principio de autoridad, lo cual ha hecho posible la proliferación de creencias sin contenido empírico, como las religiosas, en las sociedades humanas. Esta tesis encaja muy bien con nuestras propias ideas sobre la importancia que este mecanismo ha tenido en la evolución biológica y cultural de nuestra especie que nos ha permitido funcionar como auténticos *Homo suadens*³. En cambio, otros autores, como D. S. Wilson, C. T. Palmer o R. Sosis⁴, consideran el comportamiento religioso como una adaptación genuina. Defienden que la religiosidad favorece la aceptación de reglas de conducta que refuerzan la cohesión y el funcionamiento social de un colectivo y que ha sido objeto de un proceso de selección entre grupos, en el que aquellas poblaciones que poseían individuos más proclives a la religiosidad se impusieron a las que tenían menos.

El primero de los libros reseñados, *¿Por qué persisten los dioses?*, se puede inscribir dentro de la primera modalidad. Su autor, R. A. Hinde, Profesor Emérito en el Departamento de Conducta Animal

de la Universidad de Cambridge, no entra a valorar si la práctica de la religión favorece el éxito reproductivo de los individuos en una sociedad; en otras palabras, deja abierta la cuestión de si los sistemas religiosos como un todo son o no adaptativos en un sentido biológico. Sabemos que promueven la cohesión dentro del grupo, favoreciendo la asimilación de la organización jerárquica y social del mismo, pero también tienen costes al ser, por ejemplo, incitadores de conflictos entre grupos. Además, resulta difícil valorar cómo afecta el nivel de religiosidad al éxito reproductivo de cada individuo dentro de la sociedad que habita.

La forma en la que el autor aborda el fenómeno religioso se estructura en torno a tres líneas argumentativas bien definidas. En primer lugar, sostiene que el fenómeno religioso debe considerarse no simplemente como la creencia en un dogma, que puede estar más o menos desfasado con respecto al conocimiento científico actual, sino como un sistema social en el que cada individuo se integra de maneras y modos diferentes. En todo sistema religioso podemos encontrar una serie de elementos comunes: las creencias estructurales que hacen referencia a entidades dotadas de atributos incompatibles a veces con el mundo físico; las narraciones sobre la vida de esas entidades; los rituales, plegarias y otros aspectos litúrgicos de la práctica religiosa; un código de conducta personal y de grupo ligado a un sistema de valores concreto; la experiencia religiosa individual; y, por último, aspectos de interacción social relacionados con la pertenencia al grupo religioso. La religión constituye un sistema socio-cultural que permite a los individuos sentir, pensar, actuar y relacionarse y que muestra una enorme diversidad en la importancia relativa que adquiere para cada uno.

En segundo lugar, Hinde defiende que todos estos elementos presentes en los sistemas religiosos dependen de características psicológicas panculturales. Se

² Véase el libro de Dawkins *El espejismo de Dios*, Espasa-Calpe, Madrid, 2009.

³ Véase, por ejemplo, nuestro artículo «The evolution of culture: from primate social learning to human culture» *Proceedings of the National Academy of Sciences, USA*, 101: 10235-10240, o el libro de los hermanos Castro, *¿Quién teme a la naturaleza humana? Homo suadens y el bienestar en la cultura: biología evolutiva, metafísica y ciencias sociales*. Tecnos, Madrid, 2008.

⁴ Véase, por ejemplo, el libro de DS Wilson, *Darwin's Cathedral: Evolution, Religion and the Nature of Society*, University of Chicago Press, Chicago, 2002.

refiere a propensiones psíquicas muy básicas de nuestra mente: dar sentido al mundo, atribuyendo causas a los efectos; la búsqueda de intercambios equitativos o ventajosos; procurar la eficacia de nuestras acciones; o el desarrollo de un sistema del yo que permite sentir que uno controla su propia vida y lleva al individuo a intentar conseguir un estatus determinado en su entorno social. El sistema del yo se basa en la percepción de cómo nos perciben los demás de manera que utilizamos este conocimiento para evaluar y dirigir el curso de nuestra vida. Muy probablemente, todos esos rasgos han sido y son adaptativos, pero el autor sabe que probar esto no es sencillo, por lo que enfatiza el carácter de universalidad que poseen los mismos. La relación entre estas propensiones de los individuos y los diferentes elementos que componen los sistemas religiosos conforma la mayor parte del libro.

El tercer eje argumental lo constituye el intento de explicar la persistencia de los sistemas religiosos, a pesar de que a los individuos les resulta cada vez más difícil asumir una interpretación literal de buena parte de las creencias que profesan. El autor analiza distintos factores que pueden estar implicados en la persistencia de esas creencias. La evolución cultural en nuestra especie ha propiciado el desarrollo de mecanismos de transmisión indirectos, como, por ejemplo, la preferencia por las variantes culturales más comunes o por la elección como modelos de los individuos de mayor éxito o prestigio; esto podría dar lugar a que algunas tradiciones como las religiosas, que pueden resultar neutras o, incluso, no adaptativas, se mantengan. El rechazo social que puede ocasionar al individuo el alejamiento de sus creencias es otro factor importante implicado en su persistencia. El anclaje emocional ligado al aprendizaje de las creencias contribuye también a perpetuarlas, ya que las hace invulnerables frente a la aparición de evidencias con-

trarias a las mismas. Por otra parte, destaca Hinde que para muchos individuos las creencias concretas de su religión forman parte de un paisaje socio-cultural que, sin rechazarlo, no posee un especial significado en su vida, lo que les lleva a no cuestionarse su posición frente a las mismas.

Estamos ante un libro serio, ambicioso, un tanto árido, cuya principal debilidad surge de la carencia, a pesar de los notables avances que se han producido en los últimos años, de una teoría bien elaborada de la evolución cultural desde una perspectiva evolucionista, agravada por el hecho de que el original en inglés es de 1999. A día de hoy, la psicología y la antropología darwinista están en condiciones de ofrecer, más que un armazón teórico bien trabado desde el que analizar los fenómenos socio-culturales, un sistema consistente de alertas que impida el uso incorrecto de determinadas representaciones de la naturaleza humana que anidan en la ciencia social estándar.

Bien distinto es el segundo de los libros reseñados, el cual se inscribe de lleno en la corriente que defiende un valor adaptativo para algunos aspectos de la religiosidad y está escrito en un estilo sencillo y atractivo que lo convierte en un claro candidato al éxito de ventas. Su autor J. M. Bering, profesor de la Universidad de Arkansas y director del Institute of Cognition and Culture de la Universidad Queens de Belfast, se pregunta: ¿podría existir, en los humanos, una susceptibilidad a creer en Dios que hubiera sido seleccionada por ser adaptativa? Está convencido de que la creencia en Dios es una ilusión que tiene una función evolutiva y que ha sido favorecida por la selección natural.

La principal tesis de Bering se fundamenta en una base moral: los seres humanos tenemos una tendencia a sentir que algún agente sobrenatural vigila nuestros comportamientos. Una posible ventaja de la creencia en seres sobrenaturales es que se facilita la vida social en el sentido de

que se dificulta el engañar al prójimo. La cooperación entre individuos no emparentados es un rasgo típico y muy adaptativo de nuestra especie. Su éxito exige controlar las tentaciones egoístas, sobre todo, en situaciones en las cuales el anonimato facilita la trampa. En los seres humanos existe un efecto «Reyes Magos»: nos comportamos mejor —en el sentido de no engañar— si creemos que alguien nos observa, aunque sea un ser invisible. Esta sensación de ser observado activa la necesidad de mantener la reputación, atenúa el anonimato de una situación y, como resultado, restringe la conducta egoísta. Otra cosa diferente es aceptar que un individuo altruista, más pardillo, tenga de verdad ventaja reproductiva. De alguna manera estamos obligados a considerar un proceso de selección entre grupos si queremos dar verosimilitud a la evolución de un instinto que nos impele a creer en ese Dios espía.

Esto ocurre no sólo en las sociedades de cazadores-recolectores, en las que los individuos creen que están continuamente siendo observados por sus antepasados, sino en las sociedades modernas. En la Universidad de Oakland idearon un juego competitivo de ordenador con preguntas y respuestas. A los estudiantes se les dijo que, debido a un error en el programa, de vez en cuando aparecían en la pantalla las respuestas correctas y se les pidió que fueran honrados y cuando esto ocurriera borrarán la pantalla. A un grupo de estudiantes se les dijo además que un antiguo estudiante que hizo el test había muerto repentinamente y que había supersticiosos que creían haber sentido su presencia fantasmagórica en la sala. Pues bien, el porcentaje de estudiantes que engañaban en el juego y se aprovechaban de las respuestas correctas que aparecían en la pantalla era mucho menor en el grupo que había escuchado la historia del fantasma, al margen de que creyeran en ella o no.

En su tesis doctoral, Bering realizó un experimento con niños de 4 a 12 años a

los que se mostraba, en un espectáculo de títeres, a un pequeño ratón que era devorado por un cocodrilo. Luego se preguntaba a los niños si el ratón echaría de menos a su madre o si estaría enfadado. Curiosamente, cuanto más pequeños eran los niños más fácilmente creían en una vida después de la muerte, lo que al autor le lleva a cuestionar el origen exclusivamente cultural de esta creencia. El elemento clave que hace posible la creencia en Dios o en los espíritus es que los humanos poseemos una teoría de la mente: una tendencia innata a ver a los demás como seres que piensan y sienten como nosotros mismos y que actúan de forma intencional. No podemos aceptar que nos pasen cosas sin ninguna razón (¿Porqué me tiene que pasar a mí esto?), tenemos que atribuírsela a alguien y ese alguien, en ausencia de un agente causal observable, es Dios o una presencia sobrenatural. La teoría de la mente consigue también que pensemos que estamos siendo continuamente observados y juzgados por los demás. No sólo por los que observan nuestro comportamiento, sino por los que han oído hablar del mismo. Esta sensación de que los demás nos juzgan es importante para mantener la estabilidad social y refrenar nuestros impulsos antisociales. La selección natural habría favorecido a los individuos que se autocontrolan no sólo por miedo al qué dirán, sino porque aceptan que todo el tiempo están siendo observados y juzgados por una entidad sobrenatural. Esta percepción encaja con la definición que hace H.L. Mencken de la conciencia: *conscience is the inner voice that warns us somebody may be looking* (voz interior que nos avisa que alguien puede estar mirando).

Laureano Castro es doctor en CC Biológicas, Catedrático de Bachillerato y Profesor-Tutor de la UNED

Miguel A. Toro es Catedrático de Producción Animal en la ETS Ingenieros Agrónomos de la UPM